Lorenzo Bonini
Paolo Valsecchi

Una casa de hierro y de viento

Traducción de Noelia Pousada-Lobeira

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

PRÓLOGO

Nosotros que tenemos una casa
coronada de rosas
y un jardín
cercado de árboles y montes
en cuyo breve camino
siempre se pierde y se encuentra
la armonía de nuestra existencia,
y en la casa
el árbol de Navidad iluminado
y un leve aroma a calicanto,
libros, discos, juguetes,
niños...

PIERA BADONI*

* Todos los poemas citados en los epígrafes se han sacado de la siguiente publicación: Piera Badoni, *Felicità, che pure esisti*, edición de Alba Caprile, Periplo Edizioni, Lecco, 1998.

Verano de 1996

Y pensar que la habían avisado. Todos, erre que erre.

«Ha sido una metedura de pata, Marta. Una metedura de pata. No vas a encontrar nada de lo que recuerdas, nada de lo que amas. Vete mentalizando para no reconocer siquiera tu propia casa». Eso le habían dicho. Y, maldita sea, tenían razón.

Cuando se marchó de casa, seguía siendo para todos la pequeña, la hija menor. La última en llegar. La que se sentaba a la mesa cerca del padre y, por tanto, podía llevar las manos a la bandeja antes de que toda la familia empezara a servirse por turnos. Ahora, en cambio, cerca de los sesenta, es simplemente la última. La única que queda.

A decir verdad, Marta lleva más de treinta años sin entrar en la villa. Que vuelva justo ahora a Lecco, en el lago de Como, no le ha parecido una casualidad a nadie. Y, efectivamente, no lo es.

Ninguno de sus parientes llega a imaginarse el motivo. Ninguno de ellos adivinaría jamás el secreto que Marta, psicoanalista de éxito en Zúrich, pretende meter en el interior de la villa de la familia. Y, sin embargo, no se trata de algo etéreo e impalpable, como un pensamiento oculto en el corazón. Todo lo contrario. Es un secreto tangible.

Un pequeño cuaderno de color negro, para ser exactos. A primera vista, más bien ordinario, repleto de palabras escritas con una caligrafía cursiva y nerviosa. Un diario, podría decirse. La primera fecha que aparece es de hace casi un siglo. La firma, la de su padre adolescente.

–¡Tía Marta! –la llama su sobrina Elisa desde una veintena de metros más adelante, en lo alto de la cuesta. La chica agita

los brazos asomándose por el pequeño muro, recién revestido de mortero rosa–. Ahora se entra por aquí –añade.

Efectivamente, la vieja cancela de la villa, de hierro forjado y «marcado» con el emblema de la familia, está sellada y fuera de servicio. Tal vez las bisagras ya no giran o tal vez ha sido imposible conectar el telefonillo. Quién sabe.

«Ni siquiera la entrada es la misma», reflexiona Marta, acercándose melancólica a la chica.

Pero eso no es lo peor.

De la fábrica, que se erguía al lado, no queda nada. Un siglo y medio de vida ha terminado sepultado bajo los cimientos de un impersonal complejo residencial: hay bloques de cemento cuadrados e invasores por doquier, tan altos y robustos que tapan a la villa las vistas de los montes y del lago.

–Elisa, cariño –susurra Marta en cuanto llega a la nueva entrada, y estrecha a la chica contra el pecho. Tras deshacer el abrazo, la mujer se aleja un paso, aunque sin soltarle la mano–. Pero mírate. Si ya eres toda una mujer.

La joven se esconde tras una mata de rizos de color negro azabache.

–Entra, tía –la invita con un gesto.

Para llegar a la entrada de la vivienda principal, las dos mujeres rodean una docena de vehículos que abarrotan la parte trasera del inmueble del siglo XVII. A sus espaldas, un balcón moderno (como una garra que sobresale del edificio) da al primer piso de una de las alas de la villa, contiguo al nuevo complejo. Justo al lado, una rampa de asfalto se ensarta serpenteante en el subsuelo, directa a un aparcamiento subterráneo de varias plantas. Justo donde, en otros tiempos, estaban los huertos y los frutales.

Marta arruga visiblemente la nariz.

Elisa desvía la mirada.

La tetera emite un sonido continuo mientras el reloj de la pared mide cada segundo. Desde los pisos superiores llega la melodía de un concierto de cuerda retransmitido por la radio.

Elisa está apoyada en el fregadero, como si estuviera a la espera. Marta, a su vez, está sentada a la mesa y juguetea distraída con las bolsitas de té. Apenas se cree lo que ve a su alrededor. La residencia que una vez fue propiedad de su familia (la más hermosa de todo Lecco, sin lugar a dudas) hoy no es más que una carcasa incoherente, un decorado puro y duro. El edificio, tal y como lo conocía ella, ya no existe. Se ha desvanecido la antigua escalinata, han desaparecido las habitaciones y los pequeños salones con sus largos pasillos, ya no queda rastro de los vestíbulos altísimos con sus espléndidas lámparas de araña. Ahora la casa está atravesada por tabiques, paneles, paredes de cartón yeso: se ha fragmentado la que era una vivienda grande y única en una docena de apartamentos, de acuerdo con la repartición de la herencia.

Su sobrina Elisa vive en el que se podría considerar el trozo central del pastel. Desde el angosto pórtico de la entrada se accede a la pequeña cocina y, al otro lado, a un saloncito que da directamente al jardín. Además, una escalera de madera lleva a otros dos pisos. Cuando la llevó a verlos, Marta suspiró de alivio al encontrar intacto, cuando menos, el viejo dormitorio de sus padres. No obstante, al volver a bajar las escaleras, percibió con angustia el contorno de un arco de piedra oscura que enmarca una sencilla pared blanca recién enfoscada.

No tiene la menor duda: aquel muro postizo fue una vez la entrada al salón.

El mismo. El gran salón de las fiestas, el lugar íntimo de la vida cotidiana en la villa, el escenario preferido de su padre

para demostrar públicamente su obstinada idea de familia unida.

Observando la tinta de las esencias extenderse con parsimonia por el agua del té, Marta recuerda con nostalgia la cascada de luz que inundaba el salón a través de los grandes ventanales con marcos de estuco. Justo en el centro se cernía autoritario el sillón de su padre, con la inseparable manta de pieles y el olor envolvente de los puros toscanos. Detrás del trono del patriarca, había una decena de sillas, dispuestas en semicírculo, en las que habían crecido los doce Badoni.

Objetos y recuerdos barridos como el polvo.

–¿Por qué? –susurra Marta, desconcertada.

Elisa parece vacilar unos instantes: no sabe si debería interpretar aquel murmullo como una pregunta que le hacía a ella o como una simple expresión de amargura. Al final guarda silencio, retorciéndose el jersey de algodón.

La mirada de Marta se pierde en los colores de la pequeña cocina. Por un estante, junto a una voluminosa azucarera de cerámica azul, se asoman unos tallos de lavanda; manzanas, uvas y dátiles animan la superficie de una península de madera. Un par de paños con bordados de tonos verdes y escarlata están guardados al lado de la mesa, mientras que en un armario entreabierto sobre los hornillos se vislumbra una docena de latas de conserva.

Todo el apartamento refleja la creatividad y la alegría de su sobrina. O al menos eso es lo que ha intentado transmitir Elisa, guiada por su ingenuidad juvenil.

La realidad, en cambio, es bien distinta.

Aquella casa ha tenido siempre un alma más profunda y contradictoria. Algo que ha sobrevivido entre los intersticios de los viejos muebles, que anima las fotografías descoloridas por el tiempo y los retratos estropeados.

«Son corrientes de aire –piensa Marta–, susurros». Ecos de voces que se pierden en la herrumbre de los objetos y en los hilos de las fundas de las almohadas. Sensaciones tenues pero, a la vez, tan potentes que no temen en absoluto acabar aniquiladas por las bagatelas de Elisa o sus macetas de plantas aromáticas.

Dentro de la villa, y esta es la verdad, se han gestado y roto sueños, romances, deseos. Ha pasado la vida, y por desgracia también la muerte, con esa clase de ímpetu torrencial que se manifiesta tan solo en algunas existencias humanas. Aquel edificio ha destilado humanidad, ideas, visiones, pero también ha sido un agujero negro de libertad y anhelos. Años de luz y años de oscuridad.

Todo por un hombre.

Por sus intuiciones, por sus elecciones, por su alma.

Su padre, Giuseppe Riccardo Badoni.

Y por eso mismo está ella ahí ahora.

Porque aquel diario debe abrirlo tan solo dentro de la villa.

Marta es consciente de que lo que leerá podrá rellenar al fin un vacío. Es consciente de que el único secreto de su familia que sigue sin revelarse se oculta entre esas líneas. El más importante, el más esquivo, el que da sentido a una docena de existencias, tal vez más, y a una larga historia de casi un siglo de duración.

«¿Papá?».

El té se le ha enfriado. Elisa le ha dedicado una sonrisa y, hace unos minutos, se ha retirado a los pisos superiores. Quizá no ha llegado a entenderlo del todo. No puede. Así y todo, la ha acompañado a la puerta que da al jardín y la ha agarrado del brazo hasta llegar al cenador. Un siglo después, aquella gra-

ciosa jaula de metal se sigue cobijando a la sombra de los dos grandes plátanos.

«¿Cuál es el secreto que no nos has revelado nunca, papá?».

Marta es psicoanalista. Sabe perfectamente que existen lugares parecidos en la intimidad profunda de cada mente y de cada vida. Ha dedicado su existencia a dar con ellos, con esos lugares secretos y, en la medida de lo posible, a abrir sus ventanas, para que entren aire y luz en los cuartos íntimos de tantas almas atormentadas, para que se deshagan los nudos de pensamientos y emociones enredados por el tiempo. A veces, también por el rencor.

Sin embargo, hasta hace pocas semanas, no sabía que su padre hubiese plasmado aquel lugar secreto en las páginas de un viejo diario. Ni tampoco que se lo hubiera entregado a Adriana, la hermana mayor de Marta, el día en el que se decidió a volver a verla. Años atrás.

«Adriana, ni más ni menos...».

Ninguna explicación, ninguna sugerencia a pie de página de aquel legado.

Tras la muerte de la hermana, hace pocas semanas, por su expresa voluntad el diario pasó a ser propiedad de Marta. Lo acompañaba tan solo una hoja suelta, un pequeño folio arrancado quién sabe de dónde y fijado con un clip a la cubierta del cuaderno.

Aquí dentro está nuestro padre como nunca lo conocimos. Consérvalo tú.

Los grandes plátanos vibran de aire y luz. Casi parece que la reconocen, después de tantos años. La extensión verde del prado se estremece en la brisa vespertina, como el lomo de un gato perezoso.

Marta inspira hondo. «He vuelto».

22 de noviembre de 1900

Solo faltan dos días para mi decimoséptimo cumpleaños.

En este pequeño cuaderno quiero dejar constancia de algunos momentos de mi corta existencia, algunas de las batallas de mi corazón, algunas alegrías y también algunos momentos tristes, momentos en los que pienso en los seres queridos que ya no están.

Este pequeño cuaderno es como un desahogo para mi estado de ánimo y no debe leerlo nadie más que yo, si se da la circunstancia de que en el futuro quiero regresar a mi juventud para hallar algo de alivio o, si acaso, tristeza y (espero) incluso alegría.

Si alguien encuentra este pequeño cuaderno y le entran ganas de leerlo, le pido, más bien le suplico, que se detenga.

Porque entre los pliegues de estas páginas, oculto en la tinta de estas líneas, podría encontrar mi verdadero yo.

I

EMILIA

El retrato de la dama rubia

[...]
Aquí reconozco el viento que se levanta
en las noches de invierno,
la lluvia fresca de la primavera,
el aguacero del verano,
los ruidos de mi ciudad
y, sobre todo, de noche,
el martillo que choca solitario
y me consuela más que las campanas.
[...]

PB

Enero de 1925

Emilia desliza la mano por el lomo del gato atigrado de la casa. El pelo leonado se ondula bajo los dedos de la dueña y el animal demuestra su contento con un ronroneo.

Vuelve a la realidad cuando llaman a la puerta.

–¿Sí?

–Señora Emilia, el ingeniero me ha pedido que le diga que ellos... sí que están listos. La están esperando para cenar abajo, en el salón.

En la entrada de la habitación está Mina, la joven ama de llaves de la casa Badoni. Llegó a la villa hace diez años, cuando, a causa de la guerra, la anterior criada, de nacionalidad alemana, tuvo que hacer las maletas y volver a su patria. Por recomendación de la familia Fiocchi, se presentó entonces una jovencita voluntariosa que se expresaba prácticamente solo con dichos dialectales. Cuando el ingeniero Badoni le preguntó qué motivos la habían llevado a interesarse por el puesto de trabajo, ella le explicó que «y un cuerno iba a dejar ella los pies al frío». Huelga decir que de dejar los pies al frío o de problemas económicos los Bodoni no tendrían que preocuparse jamás. Y, por tanto, ella tampoco. El ingeniero apreció la franqueza e incluso la metáfora. Asintiendo, divertido, la contrató al momento.

–¿Señora Emilia...?

Mina sigue a la espera de una respuesta.

Pero ella nada, continúa absorta en sus pensamientos.

Incluso el gato se aparta de sus caricias distraídas, perdiendo el interés también en el largo collar de perlas.

Emilia se lleva las manos al vientre. Está sentada de cara a

un espejo oval de pan de oro, delante de una mesa de madera oscura. Sobre la superficie de mármol blanco yacen perfectamente alineados dos cepillos de plata con el reverso de carey, un broche color ámbar y un frasquito de perfume.

Se vuelve hacia la criada con extrema lentitud.

–Claro, ahora bajo –responde con un hilo de voz.

En realidad, hace media hora que está lista, pero sigue sin encontrar las fuerzas para abandonar la habitación. A su izquierda, una ventana lleva abierta de par en par varios minutos. La lluvia congelada cae de lado en el interior, goteando por el cristal sobre el banco de madera situado justo debajo del batiente. En el tejido de damasco que lo reviste, una mancha oscura va extendiéndose a cada instante.

No obstante, el aire frío sobre el rostro insufla en Emilia, por lo menos, una vaga sensación de libertad. En el piso de abajo, en cambio, la mujer es consciente de que la envolverá un calor hostil y oprimente, repleto de recuerdos y fantasmas. Empezando por aquel retrato que todas las mañanas ve de frente en el salón de la entrada.

La dama rubia.

Adriana Molteni, la difunta primera esposa de su marido.

La enésima ráfaga gélida le sacude de repente el chal de encaje. Con un gesto resuelto, Emilia vuelve a arrebujarse los hombros y se pone en pie.

Fruto de un extraño encanto muy femenino, fragilidad y determinación se entretejen desde siempre en su forma de ser. Morena y menuda, de rasgos finos y delicados, Emilia siempre se ha considerado una muchacha indulgente y decidida, capaz de afectos sinceros y genuina firmeza. Una pequeña maceta de barro, en resumidas cuentas, con grietas de amargas desilusiones que, con todo, permanece unida gracias a las venas doradas de un coraje profundo.

Independientemente de la reacción de la familia, Emilia sabe que su lugar está abajo. Además, tiene que anunciar una cosa.

Al cerrar la ventana, lanza una última mirada más allá del jardín de la villa.

El pueblecito de Lecco se extiende junto al lago con sus talleres, sus pórticos, sus viejas murallas. A los pies del monte Resegone, apretujados entre el río y las primeras pendientes, se ubican uno junto a otro los antiguos barrios: pequeños grupos de casas, mesones, viejas granjas y nuevos talleres mecánicos.

Emilia también pasa la mirada por los dos ríos que atraviesan la ciudad. Uno es el Adda, que fluye lento hacia el sur y lo atraviesa tan solo el antiguo puente medieval. El segundo es de hierro y son las vías de tren que corren paralelas en dirección a Milán. Por encima se eleva, un centenar de pasos antes de llegar a la villa, una robusta pasarela de acero. En el pretil, casi como si fuera una incrustación antigua, aparece reproducida la marca de los Talleres Badoni. Una enorme fábrica que ha crecido en el corazón de la ciudad, un castillo moderno de cemento con chimeneas que se alzan como torres y cabestrantes y grúas a modo de puentes levadizos. El soberano, desde hace veinte años, es uno e indiscutible: su marido.

Emilia se sorprende en ocasiones observando atemorizada la fábrica, como si se tratara del monstruo de uno de aquellos cuentos fantásticos. Y se ha comportado como tal, como un monstruo, efectivamente. La familia del marido ha presenciado cómo se devoraban y sacrificaban trozos enteros de vida por el bien de la empresa.

Esqueletos de hierro y ramas de metal se convierten ahí dentro en pedazos de un mosaico llamado «progreso». A continuación, fuera de la fábrica, toman forma de locomotoras, tanques de almacenamiento, monorraíles, puentes y viaductos modernos. El ir y venir de los trenes de mercancías es continuo: los

frenos chirrían más allá del muro de cemento que se extiende por toda la pendiente, en forma de una elegante y austera muralla de piedra. En aquel tramo, si se alza la mirada sobre la cerca, ya no se vislumbran las chimeneas de la fábrica, las cisternas del agua ni tampoco los techos de las naves, sino tan solo el follaje altísimo de dos plátanos de siglos de antigüedad.

Son las columnas de Hércules del jardín de Villa Badoni. Propiedad de Giuseppe Riccardo Badoni, GRB, y de su señora, Emilia Gattini.

«Señora Badoni». Así es como la llaman ahora.

Emilia, sin embargo, señora se siente bien poco. No ha sido en absoluto fácil acostumbrarse a aquel papel. Tiene veintiocho años y tan solo han pasado doce meses desde la boda con el ingeniero. Con GRB, como lo llaman todos en la ciudad.

Y pensar que ella ha vivido siempre en la villa. No en la residencia de la familia, donde está ahora, sino en un pequeño apartamento situado en el ala lateral que había alquilado nada más y nada menos que su padre. Nunca habría imaginado que, algún día, el ingeniero se fijaría en ella y que se convertiría en la dueña de toda la propiedad. La señora Badoni.

Todo pasó en menos de dos años: la primera carta inesperada, con una invitación al teatro, los paseos a orillas del lago, el viaje a Stresa en coche. Luego, la propuesta de matrimonio, tras solo seis meses de noviazgo. Con un anillo, hay que reconocerlo, que quita el aliento.

Sin embargo, también estaba la otra cara de la moneda.

La tormenta de murmullos que descargó sobre todos los salones de la ciudad, por ejemplo. O esos catorce años de diferencia, los cinco hijos del primer matrimonio de él (cuatro mujeres y un

varón), que tendría que criar como si fueran suyos. La antipatía instintiva que parecía profesarle la hija mayor, Laura. Por si fuera poco, la presencia impalpable pero incómoda de Adriana Molteni, la primera esposa del ingeniero, fallecida siete años atrás.

A los parientes que se preocupaban por ella, por una mujer joven dispuesta a cargar con el peso de toda una familia ajena, Emilia siempre les decía que no lo entendían, que no había nada de lo que preocuparse, que saldría adelante. Una certidumbre que, varios meses después, le parece mucho menos firme. Cosas que, en el peor de los casos, ahora se promete a sí misma de noche para no venirse abajo.

El parqué de madera maciza cruje con los pasos de Emilia. El pasillo la conduce a la escalera principal, situada después de la biblioteca de palisandro. La mujer desliza los dedos por el pasamanos de madera de la balaustrada. Retratos, imágenes de hazañas industriales y menciones públicas cuelgan por toda la pared que baja hacia la entrada.

Emilia ha aprendido a reconocer las casas de los ricos y justo por este motivo no le pasa desapercibida la excepcionalidad de la huella que ha dejado GRB en el estilo de la villa. Allí donde otros herederos exhiben estantes de alabastro, mesas de lapislázuli y vitrinas repletas de porcelana y cubertería de plata, su marido se limita a dejar ver algún que otro escritorio y unas pocas lámparas de araña de valor, destinando el espacio a fotografías de inauguraciones, reproducciones de metal, proyectos y reconocimientos a sus obras de ingeniería en todo el país. Las muestras de su estatus social, en suma, eran y siguen siendo una sencilla expresión de sí mismo y de su fábrica.

De repente, la mano de Emilia se topa con el pomo dorado que cierra la balaustrada de la escalera. Ya ha llegado a la planta baja.

Alza la mirada y vuelve a encontrarse cara a cara con el retrato de la dama rubia, la señora Adriana.

Habituarse a aquella expresión sagrada, a aquel núcleo ardiente de recuerdos familiares impresos en el lienzo, le resulta desde hace meses extremadamente difícil. En ocasiones, incluso le parece que las pupilas se mueven, que la observan. Que la juzgan en silencio.

–Emilia, ven, que te estamos esperando. –La voz atronadora de GRB le recuerda de pronto su misión.

Una vez cruzada la entrada del salón, Emilia repara en que varias llamas color escarlata vibran en la gran chimenea de piedra. El marido y sus hijos ya están todos presentes, sentados en torno a la mesa oval de madera de nogal, en el centro de la sala.

Laura, la primogénita, ya casi tiene dieciséis años y es, hasta cierto punto, la verdadera matriarca. La señora (una de verdad, por nacimiento) que Emilia no será nunca. Creció apresuradamente, con la franqueza rebelde propia de una muchacha que, sin previo aviso, tiene que hacer de madre para sus otras tres hermanas y su hermano.

A su lado está Sofia, de catorce años, que transmite ese aire travieso de quien todavía tiene que aprender a manejarse en el mundo. A continuación, Piera, de un año menos, silenciosa y reflexiva: un alma frágil bien oculta tras dos ojos enormes, permanentemente inquietos. En la otra esquina de la mesa, cierran el círculo la pequeña Rosa, de diez años, y Antonio, que, a su vez, acaba de cumplir ocho y ya es tan rubio y orgulloso como su padre. Es el único varón (deseado, querido, anhelado) y en su futuro el destino ya está escrito: será el nuevo ingeniero, el heredero, el capitán de la fábrica y de la familia cuando GRB abandone el timón.

GRB, por último, ocupa el puesto central: disimula una vaga sonrisa bajo el bigote tupido y es el primero que mira a Emilia mientras esta avanza por el salón. En cuanto se le acerca, le hace un pequeño gesto con la cabeza, invisible asentimiento a una pregunta tácita.

Emilia se detiene a pocos pasos de la mesa de nogal. Los Badoni, alineados uno al lado del otro, la observan en silencio.

Uno al lado del otro, como aquella tarde hace casi siete años.

Llovía aquel día. Era el 20 de octubre de 1918.

Ellos estaban allí, de pie, en el centro de la escena.

Seis pares de ojos que contemplaban el carruaje negro atravesar el patio de la villa. En el aire, tan solo el estruendo de los cascos y las ruedas sobre la grava.

La señora Adriana se les iba, se la llevaba la gripe española contraída en las salas del hospital de Lecco. Como voluntaria, había tratado de ayudar a los enfermos, que cada vez eran más y atestaban las habitaciones y los pasillos. Había terminado por correr la misma suerte que ellos.

Eran años oscuros. La guerra, el hambre, la enfermedad. Hasta cierto punto, uno acababa incluso acostumbrándose a los funerales, a la muerte de mujeres jóvenes y de madres jóvenes como Adriana.

No obstante, el cuadro viviente de los seis Badoni vestidos de luto en la salida de escena de aquella mujer se había grabado a fuego en la memoria de Emilia. Ella había asistido en la distancia, como invitada. Se había quedado una decena de pasos detrás, junto a su padre, a sus familiares y a los sirvientes.

«Quedarse un paso atrás. Tal vez ya era mi destino».

GRB aferraba en brazos al pequeño Antonio, que tan solo tenía dos años.

Los ojos de aquel hombre tenían algo. Emilia se había fijado de inmediato en la cabeza orgullosamente alta, la espalda recta, el porte severo y los brazos que trataban de moverse con firmeza en torno a los hijos. Así las cosas, por unos instantes, le

había parecido entrever en él una soledad insidiosa, como los restos de una neblina en las pendientes de un valle. Incluso el indicio de un temblor, muestra de una incontrolable fragilidad.

«Imposible», se había dicho.

Las cuatro hijas permanecían completamente inmóviles cerca de GRB, como estatuas de piedra. Situadas, como si fuera de manera premeditada, dos a la izquierda y dos a la derecha del padre. Todas tenían la misma mirada ausente, mientras observaban el féretro salir por la gran cancela de hierro forjado.

Solo Laura, la mayor, tenía el semblante anegado en lágrimas. A Emilia le daba la impresión de que sus ojos acuosos le habían dedicado una mirada fugaz y cortante, pero se convenció de que se equivocaba. En el fondo, no tenía sentido.

Que conste que los seis Badoni le habían parecido seis condenados a muerte, a la espera de que llegase el pelotón de ejecución. Cada uno a su manera, cierto, pero todos aguardaban a que se abriese de pronto un agujero bajo sus pies. Un abismo capaz de engullir cualquier cosa, aniquilando el dolor y la memoria.

El portero, envuelto en un ancho tabardo negro, cerró la cancela después de que pasara el carro fúnebre.

El eco de los cascos se había ido amortiguando, hasta desaparecer por completo bajo el ruido de fondo de la ciudad.

Ahora es Emilia la que siente que está ante un pelotón de ejecución.

GRB, a su vez, no quería atender a razones. «Se lo dirás tú a todos ellos mañana», le susurró la noche anterior, antes de irse a dormir. No había posibilidad alguna de negociar; la decisión estaba tomada.

Y por eso mismo ahora tenía el corazón en la garganta. O, mejor dicho, los corazones.

Junta las manos, mientras desliza los dedos delicados sobre el regazo.

Tan solo Laura nota aquel gesto, tan solo Emilia se percata del sobresalto incrédulo de la muchacha.

Antonio permanece ajeno a todo, se divierte balanceando las piernas en la silla, mientras que GRB se atusa el bigote, disimulando la sensación de satisfacción.

Emilia toma aire, forzando una sonrisa.

–Veréis, vuestro padre y yo tenemos que daros una noticia.

Sofia y Piera intercambian una mirada elocuente.

–Dentro de seis meses... –prosigue Emilia.

–¡No me lo puedo creer! –Las palabras de Laura son improvisadas e instintivas, secas como el crepitar de una llama recién reavivada.

Antonio deja de balancear las piernas. Emilia, estupefacta, busca la mirada de su marido.

Una mueca de repulsión deforma el rostro de la primogénita. No obstante, pese a las palabras que ha pronunciado, todavía puede dar marcha atrás rápidamente, amenazada por la mirada de fuego de su padre.

–Qué sorpresa, quiero decir –añade, nada convencida.

Por un instante, la tensión en torno a la mesa parece atenuarse.

«Pero eso no es todo –piensa Emilia–. Ahora viene lo más difícil».

El nombre.

Durante semanas, ha tratado de convencer al marido de que no, de que no es apropiado. De que no es necesario, de que las chicas malinterpretarán sus intenciones. No ha servido para nada.

La criatura que lleva en el vientre tendrá que consumar, a los ojos de los hijos de GRB, su propio pecado original. Emilia nota en el cuello una sensación de calor repentino, como si a sus espaldas el retrato de la dama rubia la estuviera observando.

–Si es una niña, le pondremos Adriana.

«Hala, ya lo he dicho».

Su mirada se cruza de nuevo con la de Laura. Vuelve a encontrar la misma expresión vacía y perpleja que percibió en su semblante hace casi siete años, detrás del carruaje negro. Tiene los ojos abiertos de par en par, ofuscados, como si hubieran perdido de repente la capacidad de enfocar las imágenes.

Laura se gira hacia su padre.

–El nombre de nuestra madre. –Son las únicas palabras que pronuncia, pálida, con un hilo de voz.

A Emilia le parece casi una súplica. Como si con la mediación del ingeniero, del hombre omnipotente, pudiera retroceder en el tiempo, las vidas, la historia de la familia. Devolver cada detalle a cuando todos eran felices. Con Adriana, sin Emilia.

La mirada de GRB, en cambio, permanece severa. La comisura de la boca se dobla imperceptiblemente hacia arriba, como en una media sonrisa desencantada.

–Emilia es tu madre, Laura.

En el salón se hace un silencio interminable.

Emilia baja la mirada y escucha el ritmo de su propia respiración. «Es que es demasiado, de verdad que es demasiado».

A su alrededor no se profiere ningún grito, no estalla ninguna pelea. Tan solo una grieta, silenciosa, parece extenderse por toda la familia.

En el corazón, Emilia sabe perfectamente que aquella brecha ya se ha convertido en una rotura irreparable.

Laura guarda silencio, mirando el vaso de agua frente a ella, con la mirada enfurecida propia de quien ya ha dado su veredicto.

II

LAURA

La catedral de hierro

El fluir del agua ininterrumpido
no me deja tranquila
en la ribera del río.
Siento que hurga en mi vida
y me lo quita todo poco a poco
y de mí en la orilla no queda
más que una cáscara frágil y ligera
que en cuanto sopla el viento se dispersa.

PB